

pues la habia enterrado, que hiciese dél lo que quisiese. El Conde dijo que le perdonaba. Mas que le enseñase el lugar donde su hija estaba para la traer á sepultar á la ciudad, y allí fue el Conde y los caballeros con el dicho Fr. Juan; y llegaron al lugar donde nuevamente era edificada la capilla de Nuestra Señora de Monserrat, donde estaba su santa imágen, la qual hacía muchos milagros, y el dicho Fr. Juan conjeturó que debajo de la puerta de la dicha capilla habia enterrado la doncella y allí hicieron cavar, y la hallaron viva, hermosa y sana, sin ninguna mácula, excepto en el cuello parecia en forma un hilo de seda colorada, el lugar por donde el cuchillo la habia degollado, de que todos fueron muy alegres y dieron grandes gracias y loaron á Dios y á su gloriosa Madre. El Conde preguntó á su hija que cómo era viva. Ella respondió, que ántes que fuese degollada tenía gran devocion con la Vírgen María, y por esto ella le habia preservado de muerte. El Conde la quiso llevar á Barcelona; ella dijo que todo el tiempo de su vida queria estar en servicio de Nuestra Señora la gloriosa Vírgen María, por lo qual el Conde le mandó hacer junto á la dicha capilla un monesterio de monjas de la Orden de San Benito, y la hija del Conde fué abadesa de muchas nobles doncellas que allí

fueron monjas, y despues murió santamente. En el año del Señor de nuevecientos y setenta y seis el Conde Borel de Barcelona, con autoridad del Papa, ordenó que este santo convento fuese regido y gobernado por monjes, porque la devocion del dicho monesterio creció tanto que la abadesa y monjas no podian dar recaudo á los romeros y peregrinos que á él venian.

Siendo D. Remon Berenguel Conde de Barcelona, supo cómo la Emperatriz de Alemania estaba en peligro de la vida, porque el Emperador la habia condenado á muerte por razon que dos varones muy señalados de Alemania la habian acusado de adulterio y que moriria si dentro de un año no hubiese algun caballero que por armas la librase, saliendo en campo con los que la acusaban. El Conde D. Remon, como fué certificado deste negocio, tomó consigo un criado llamado Roca, y acompañado de sólo éste se fué, quan secretamente pudo, para la córte del Emperador, y llegado, vistióse hábito de fraile francisco, y así se fué para donde estaba la Emperatriz en una torre y tuvo manera para poder entrar, y díjole que venía para la confesar; y en la confesion se tuvo tan prudentemente, que conoció ser acusada sin culpa, y esto sabido le declaró quién era, y que era venido para, mediante

Dios, librala de aquella falsa acusacion, y le tomó la palabra de lo no descubrir á persona alguna hasta tres dias despues de ser hecha la batalla, lo qual la Emperatriz de buena gana prometió, y con juramento confirmó dándole muchas gracias de su venida y propósito. Venido el dia de la batalla no halló á su compañero Roca, el qual se habia de combatir con el uno de los caballeros alemanes que acusaban á la Emperatriz, y así se vino él solo al campo señalado para combatirse con ellos, y viendo que su compañero no parecia, suplicó al Emperador mandase que saliese el uno de aquellos caballeros, y si hubiese vitoria dél, que luégo se combatiria con el otro. El Emperador fué muy contento y se lo otorgó. El Conde luégo entró en campo con el más diestro y esforzado de aquellos dos caballeros, y se hubo tan valientemente y con tanta destreza, que despues de le haber dado muy recios golpes, lo mató. Cuando el otro caballero vido al primero muerto, desmayó, y vencido de puro miedo, no osó venir á la batalla, y así se rindió al Conde. El Emperador de ver esto tenía muy extremada alegría, porque verdaderamente él amaba á la Emperatriz y deseaba verla libre, y así sacó del Campo al Conde D. Remon con toda la honra que pudo; y loándole en gran manera, lo acompañó hasta

su posada. El Conde, como hombre que no queria ser conocido, partióse luégo aquella noche, y caminando con la mayor priesa que pudo se vino á Barcelona. El dia siguiente el Emperador mandó aparejar un convite muy grande, y muy solemne fiesta, quanto le fué posible, para que viniesen la Emperatriz y el que la habia librado, al qual en gran manera deseaba conocer y hacerle gracias y darle muchos dones, y para esto envió caballeros muy principales y personas muy señaladas que lo trujesen. Cuando vinieron á la posada del Conde y supieron que era partido, volvieron al Emperador y dijéronselo. Venida la Emperatriz, el Emperador la preguntó quién era el que la habia defendido y dónde lo podrian hallar. Ella respondió que verdaderamente no lo sabía, puesto que sabía quién era, pero que con juramento estaba prendada que no lo podia decir hasta pasados tres dias. Despues de estos pasados, la Emperatriz declaró delante del Emperador, en presencia de muchos caballeros, quién era el que la habia librado, y conservado su honra y vida. Cuando el Emperador lo supo, en gran manera se maravilló de ver virtud tan señalada y tan gran nobleza, y mandó que fuesen muchos caballeros por los caminos y lugares, por ver si lo hallarian. Cuando el Emperador vido que no le hallaban, tanto

más se encendió en deseo de lo ver y conocer, y dijo á la Emperatriz: «Muy amada mujer, yo te certifico que jamas me verás contigo en una mesa ni en una cama hasta tanto que tú me hayas traído á D. Remon Berenguel, Conde de Barcelona: por tanto, has de saber que á tí toca buscarlo con diligencia, y desque lo hayas hallado traérmelo aquí; pues él vino á tí con grandes trabajos y peligros de su vida, te libró de una vergonzosa muerte: yo nunca reposaré ni me veré alegre hasta tanto que conozca y vea tal varon como éste, y en lo que me fuere posible satisfaga á su nobleza y virtud.» La Emperatriz, deseando contentar al Emperador en su demanda que tan virtuosa era, partió de Alemaña para venir en España acompañada de cuatro cardenales y muchos obispos, y todos sus familiares, y con trescientos caballos determinó venir á buscar á D. Remon Berenguel, conde de Barcelona. Llegada en España y sabido por D. Remon, luégo prestamente llamó todos los nobles varones de su principado para salir á rescibir á la Emperatriz, y hizo gran aparejo de todas las provisiones y viandas para la gente, y fué así que dende Barcelona hasta el castillo de Moncada, que hay tres millas, hizo poner mesas muy cumplidamente proveidas de todas las cosas necesarias. El Conde, tan

deseado de la Emperatriz, le salió al encuentro cerca de Girona, acompañado de todos los caballeros de su señorío, y asimismo de todas las señoras y mujeres nobles y principales que en su tierra habia. Sabiendo la Emperatriz que el Conde venía por ella envió dos cardenales adelante para que lo rescibiesen y con ellos muchos varones nobles, personas señaladas en señal de mucha honra y amor. Y cuando el Conde llegó cerca de la Emperatriz venía acompañado entre los dos cardenales, y quiso prestamente apearse para le besar las manos, mas fué estorbado que no se apease por muchos caballeros de la Emperatriz y por los mismos cardenales que ya estaban avisados que así lo hiciesen: de manera que así á caballo fué hecho el recebimiento muy solemne y de gran alegría entre la Emperatriz y el Conde, al cual la Emperatriz honró quanto en el mundo le fué posible, y así hablando se vinieron para Barcelona, donde por quince dias se hicieron tantas fiestas y alegrías en servicio de la Emperatriz quales nunca jamas allí fueron vistas: las fiestas acabadas, el Conde hizo aparejar para el camino lo que le era necesario, y así se partió con la Emperatriz para Alemaña, donde el Emperador estaba, del qual fué rescebido con todas las fiestas y alegrías que jamas á príncipe se hicieron, y el Emperador lo hon-

ró tanto quanto á él fué posible, y le dió muy cumplidas gracias por lo que por él habia hecho, y demas de muchas joyas de gran precio que le dió, le hizo donacion del condado, el qual le entregó enteramente, bien así como el Emperador lo tenía.

En el año del Señor de mccccxcii, estando los Reyes Cathólicos en Barcelona haciendo córtes en ella, un villano, que se dijo Juan de Cañamares, natural de la villa de Cañamares, que es cuatro leguas de Barcelona, á éste le vino una imaginacion y pensamiento diabólico, que si matase al Rey sería rey, y engañado con este mal propósito vino á Barcelona, trayendo ceñido un terciado muy bien amolado, y aunque estaba fuera de su juicio no lo estuvo para buscar lugar y tiempo para poner en obra su mal pensamiento; el qual, saliendo el Rey de la casa donde hacian las córtes, se llegó disimulado por detras y le dió una herida en las cervices casi mortal; y de hecho le cortaba la cabeza si no fuera por el collar de oro que traia. El Rey así herido lo defendió que no lo matasen, y recebida tal herida no se turbó ni quejó, y así como si ningun mal tuviera, depremia y disimulaua los grandes dolores que la herida le daua. Este Juan de Cañamares fué muy atormentado con diversos géneros de tormentos, y con cautelas preguntado si por man-

dado de alguno habia hecho y cometido tal atrevimiento, y como ninguna cosa confesase, fué por justicia condenado que muriese sacándole sus carnes con tenazas ardiendo. La Reina, porque no desesperase, por guardar el peligro de su ánima, mandó que primero lo ahogasen y despues lo atenazasen por cumplir la sentencia de la justicia. Esta ciudad de Barcelona, demas de ser muy rica y noble, tiene de los mejores edificios de casas de toda Europa, porque las más dellas son semejantes á castillos ó fortalezas.

«Aquí fué el bienaventurado mártir San Sebero, obispo desta ciudad, que un presidente le mandó meter un clavo grueso por la cabeza, y San Cucufato, mártir, que con peines de hierro peinaron su cuerpo y despues le cortaron su santa cabeza.» (*Medina, Grandezas de España*).

Cap. LXXIII. De la imperial ciudad de Toledo, de su fundacion y nombre y muchas cosas notables que en ella ha habido y hay.

La muy noble é imperial ciudad de Toledo es muy antigua, de la qual Plinio y Estrabon hacen mencion. Dícese que fué poblada quinientos años ántes que Nuestro Señor Jesu-

christo naciese, poco más ó ménos, y que sus edificadores fueron Tolemon y Bruto, capitanes romanos. Y dice D. Pelayo, obispo de Oviedo, que la edificaron en aquella altura porque fuese muy fuerte y se llamase cabeça de España. Tuvo este nombre Toledo de los dos nombres de los dos capitanes. Está asentada en lugar áspero y alto. De tres partes desta ciudad más de las dos cerca el rio Tajo; hay tanta altura de peña dende el rio hasta la ciudad que es cosa maravillosa; la parte que el rio no cerca es muy fortalecida de dos cercas y fuertes muros, en que ay ciento y cinquenta torres. Entrase en esta ciudad por do el rio la cerca, por dos puentes de un arco cada una grandes y muy hermosas. La una se llama de Alcántara y la otra de Sant Martin. Por la parte que el rio no la cerca tiene un campo llano muy hermoso, que se llama la Vega. Entre las cosas que hacen insigne en santidad y christiandad á España, es los santos concilios que en esta ciudad se celebrauan, para la edificacion y honra espiritual del pueblo cristiano, por lo qual, no sin misterio, aunque fuesen particulares, fueron puestos y aprobados entre los concilios y santos sínodos de la iglesia universal. Para estos concilios los príncipes godos que reinauan en España, con ayuntamiento de muchos obispos perlados y personas señaladas en letras

y doctrina, y llamando al socorro y ayuda celestial, ordenauan lo que agora en ellos leemos. Hallo haberse celebrado en Toledo *xvii* concilios por los reyes que en España eran á la sazón, así como Teodorico, Ricaredo, Bamba, Sisebuto; entre los quales concilios por muy antiguo se tiene el que celebró el rey Teodorico de España, año del Señor de quatrocientos y noventa y cinco. Pero, porque se vea la antigüedad en la christiandad de España, y que los concilios tocantes al culto divino no solamente tuvieron principio ó comienço del tiempo de los godos, más mucho ántes. Dice Sant Vicente, predicador en el sermón de Sant Llorente, que el papa Sisto, que fué en los años del Señor de doscientos y cincuenta, vino al concilio toledano, y pasando por Çaragoça, llevó para Roma á Sant Llorente y lo hizo diácono cardenal. En tiempo del muy noble rey Recaredo se celebró en esta dicha ciudad el tercero concilio; éste fué contra la secta arriana, en la qual secta el rey Leovegildo, su padre, con una escuridad de entendimiento que lo cegó, fué inficionado, por lo qual mucha parte de España fué muy angustiada con la dicha secta, en ver á su rey inficionado della. Mas el glorioso Sant Isidro tomó la mano contra todos los herejes, predicando, afirmando, disputando públicamente nuestra

santa fe cathólica, deseando por ella ser martirizado, y con grandísimo hervor, y sin ningun temor del rey ni de los otros sus secuaces, los cuales todos con mucha diligencia é importunidad trabajauan de lo traer á su propósito, por una parte con halagos, dádivas, promesas y favores, y por otra temores, amenazas, tormentos y persecuciones, y por otras muchas vías, porque pensauan que segun la mucha ciencia y santidad de este glorioso doctor y la nobleça de su linaje y su gran autoridad, teniéndole á él de su parte no quedaria persona que no les siguiese. Pero como él estaua fundado sobre la piedra firme, que es Christo, no bastaron todos para moverlo y él solo venció y confundió á todos los herejes y sustentó la santa fe cathólica, y esforçó á los fieles christianos y los guardó que no cayesen en la dicha herejía miéntras duró la conquista della, hasta que el malaventurado rey Leovegildo miserablemente murió en esta ciudad con espantosos dolores y terribles alaridos como dél se esperaba. Pero con todo esto dice la historia antigua de España que estando este rey á punto de morir, mandó á su hijo Ricaredo que tornase del destierro á los obispos que él habia desterrado, y tomase por padres y maestros á Sant Leandro y Sant Fulgencio, su hermano, y obedeciese en todo sus mandamientos; así

que tuvo algun arrepentimiento de sus maldades; Dios sabe qué hizo de su alma. Muerto este rey, el rey Ricaredo hizo el dicho concilio en esta ciudad, donde fueron juntos sesenta arçobispos y obispos, en el qual la arriana opinion fué muy disputada y por ellos toda fué destruida y reprovada.

En tiempo en que en España reinaua el rey Bamba se celebró en Toledo el onceno concilio, donde fueron reformados los términos de los obispados, y dice la crónica general de España, hecha por el serenísimo rey D. Alonso décimo, llamado el Sabio, que fué asentado desta forma, que á los seis arçobispados que entónces habia en España fuesen sufragáneos los obispados siguientes:

A Toledo.—Calatrava, Baza, Biene (que es Jaen), Guadix, Basta urgi (que es Almería) y Libia (que es Berlanga), Denia, Valencia, Compluto (que es Alcalá), Sigüenza, Osma, Segovia, Palencia.

A Sevilla.—Itálica, Sidonia, Málaga, Granada, Astagi, Córdoba, Agauro (que es Cabra) y Taud.

A Mérida.—Pace (que es Badajoz), Lisboa, Evora, Oxomava, Betigania, Coymbra, Viseo, Lamego, Salamanca, Numancia, Soria, Avila, Coria, Lugo.

A Braga. — Dumio, Odonia, Oporto,

Mondoñedo, Calcidonia, Viseo, Iria, Lugena, Orense, Tuy, Bretoniga.

A Tarragona.—Mallorca, Menorca, Barcelona, Játiva, Girona, Ampurias, Ausona, Argello, Lérida, Tortosa, Çaragoça, Búrgos, Pamplona, Calahorra, Tarazona y Luca.

A Narbona.—Sacabis, Agada, Magalona, Matebia, Carcasona, Elna.

El obispado de Leon quedó esento y fuera de sujecion por ser cámara romana.

En este concilio se hizo el decreto que comienza: *Quamquam omnes*. Y en el tercero capítulo se determinó que las parroquias sigan en sus oficios á las iglesias cathedrales, y éstas á sus metropolitanas.

Cuando los moros y árabes entraron en España, llegando á esta ciudad, por ser muy fuerte, no la pudieron ganar; pero dióse á pleitesía con ciertas condiciones, y una fué que los christianos tuviesen siete iglesias donde se dijese las misas y oficios divinos, el qual oficio todo el misal cumplido, santoral y dominical propio, habia ordenado el glorioso doctor Sant Isidro. En estas siete iglesias se decia la misa moçárabe, que es segun la costumbre que se decia en el tiempo de los godos. Siendo esta ciudad de moros, reinando en ella un moro llamado Galasio, escribe Lamberto que habiendo discordia entre Pepino, rey de Fran-

cia, y Cárlos, su hijo, que desques fué emperador; el dicho Cárlos se vino á Toledo y acompañó á Galasio en una guerra que tenía con Marsilio rey de Çaragoça, y siendo capitán de los que de Francia le siguieron, hizo grandes daños en Çaragoça. Despues enamoróse de Galiana, hija del rey Galasio, y hizo muchas cosas por su servicio, y continuando sus amores, la hurtó de unos baños de un huerto que están junto á Toledo, que se llaman los palacios de Galiana, y llevóse la á Bordeos. Despues, reinando en esta ciudad Alimaymon, estuvo en ella el rey don Alonso sexto de Castilla, desterrado de su reino por el rey D. Sancho de Leon, su hermano. Este rey D. Alonso hizo homenaje al dicho Alimaymon, que nunca sería contra él ni contra su hijo mayor. Despues que el rey D. Sancho fué muerto, teniendo cercada á Zamora, y el rey D. Alonso reinó en Castilla y Leon, siendo Alimaymon y su hijo muertos, hizo guerra á los moros y apremió tanto á los moros, que se hubieron de dar por hambre y entregaron la ciudad en el año del Señor de mil y setenta y tres, habiéndola tenido cercada cuatro años, talándole los panes, con condicion que quedasen los moros en la ciudad por moradores en sus casas y heredades con la mezquita mayor, y que el Alcázar y torres

de las puertas y pechos y derechos fuesen del rey D. Alonso, y fuesen sus vasallos. Esto otorgado hicieron sus cartas dello fuertes y firmes. Tomada la ciudad fué electo por arzobispo y primado de las Españas D. Bernardo, y fué mudado el oficio eclesiástico que en España se usaua del tiempo de los godos, segun habia ordenado Sant Isidro, y se començó á cantar el oficio romano que agora se tiene, y como no estuviesen en esto la gente de España, concluyóse despues de muchas alteraciones que en Toledo quedasen algunas iglesias donde se dijera el oficio gótico, llamado moçárabe, como hasta hoy dura, y en todas las otras se dijese el oficio romano. Despues que el Rey estuvo algun tiempo en esta ciudad dexó en ella á la reina, su mujer, y á D. Bernardo, electo de Toledo, en el Alcázar, y fuese á tierra de León. En tanto la Reina y el Electo tomaron gran compañía de caballeros y entraron en la mezquita mayor de Toledo y echaron della las suciedades de Mahoma, y consagróla el electo y dijo misa en un altar de Santa María y pusieron en la torre donde los moros voceaban sus almuedanos, campanas para llamar los hijos de Jesuchristo. Los moros quando esto vieron pesóles mucho porque les pasaban la postura que habian puesto con el Rey, y enviáronse á quejar dello. El Rey,

cuando lo supo, fué muy sañudo contra la Reina y contra el Electo, y partióse luégo á Toledo con gran priesa, y venía con voluntad de matar á la Reina y al Electo, porque habian quebrantado su verdad. Los moros cuando supieron que el Rey venía sañudo y que queria hacer mal á la Reina y al Electo, entendieron que si lo hiciese despues se arrepentiria y quedarian ellos enemistados con él y con los que della viniesen, y habiendo gran miedo que el Rey lo haria, juntáronse todos y tomaron sus mujeres y hijos, y eran tantos que cubrian los campos, y fuéronse quatro leguas de la ciudad por el camino que el Rey venía, y esperaron que el Rey llegase, y quando llegó y vió la muchedumbre de los moros pensó que se venian á quejar. Díjoles, buena compañía, que fué esto; A mí hicieron este mal que no á vos, los que quebrantaron mi verdad y postura, que yo de aquí adelante no me puedo alabar de guardar fe ni lealtad. Por ende yo tomaré la enmienda; y vos daré derecho de lo que hicieron, que sabe Dios que no fué mi voluntad, por tanto yo vos entiendo dar tal venganza que siempre sea sabida.» Los moros pensando lo que adelante les podia venir, pusieronse todos de rodillas ante el Rey, pidiéndole merced que no procediese contra la Reina y el Electo, y los quisiese perdonar, sino que no tornarian con

él á la ciudad. Quando el Rey esto vió perdió la gran saña que traia y hubo gran placer de lo que los moros dijeron, y díjoles que les agradecia mucho aquello y que él les haria por ello muchas mercedes, y así se vinieron todos á la ciudad. La cosa más notable que en esta ciudad ay es el muy suntuoso, rico y muy devoto templo de Nuestra Señora, que es la iglesia principal desta ciudad. Está asentada casi en medio de la ciudad. Este santo templo edificaron el santo rey D. Fernando, que ganó á Sevilla, y D. Rodrigo, arzobispo de Toledo, el que escribió en latin las corónicas de España hasta su tiempo: es el más señalado templo en riqueças de cuantos ay en España, y áun uno de los más señalados del mundo. Este rey dotó esta santa iglesia y silla episcopal de grandes rentas y muchos lugares. Este templo es muy alegre, porque entra en él por cada parte luz por setecientas y cincuenta vedrieras que tiene de diversas y hermosas colores. Es muy adornado de oro, plata, sedas y brocados, asimesmo de muchas reliquias muy señaladas en vasos de oro con muchas perlas y piedras de gran valor. En esta santa iglesia es un altar donde el bienaventurado Sant Ilefonso, arzobispo de esta ciudad, celebró revestido de una casulla traída del cielo por mano de Nuestra Señora la Madre de Dios, por el servicio que

el glorioso y bienaventurado arzobispo hizo á la benditísima Vírgen. Yendo él á maitines en la fiesta que llamamos de Nuestra Señora de la O, la qual en esta ciudad y en todo su arzobispado con gran devocion se guarda y celebra, estando en maitines, la Reina de los ángeles le apareció con gran compañía celestial y le dijo: «Porque me hicistes tanto servicio en defender mi virginidad y quitaste en España la duda que en ella era, te quiero dar el galardón de tu trabajo; toma esta vestidura que te traigo del tesoro de mi hijo, porque seas vestido con ella de virtudes, y dirás misa con ella en las fiestas solemnes.» O bienaventurados ojos que tal vieron y oídos que tal oyeron, y muy bien aventurado hombre que tal mereció que la Madre de Dios cara á cara le hablase. El santo arzobispo, estando ante ella con los hinojos en tierra, recibió la santa vestidura y la Vírgen desapareció. Esta preciosa reliquia está hoy en la iglesia de Sant Salvador de Oviedo, entre otras muchas que de España allí se recogieron en el tiempo que los moros en ella entraron. Es tan admirable, que ningun hombre determina de qué materia sea, donde parece claro ser de materia celestial. En esta santa iglesia es una capilla pequeña donde este misterio está hecho de bultos de alabastro muy rico, y dentro del altar desta

capilla está una piedra blanca, la cual se ve por un lado del altar y se puede tocar con los dedos, entre una rejica de hierro tamaña como media mano, y encima della están unas letras que dicen:

«Cuando la Reyna del cielo
puso los piés en el suelo,
en esta piedra los puso;
de besalla tened uso
para más vuestro consuelo.»

Tiené esta santa iglesia consigo tanta devocion, que entrando en ella parece que pone un espíritu de consolacion, en lo cual se muestra haber entrado en ella corporalmente la Reina de los cielos. Tiene esta santa iglesia la capilla mayor y entrecoro solado de piedras grandes ricas y de gran valor. En una pared de la primera nave, de tres que esta santa iglesia tiene, están escriptos los nombres de los arçobispos y el tiempo que en ella fueron. El arçobispo desta ciudad tiene ordinariamente ochenta mil ducados de rentá en cada un año; es la mejor dignidad de arçobispado de toda la cristiandad. Esta ciudad es muy rica, de mucho trato; viven en ella más de diez mil personas con la labor de lana y seda; hácense en ella más bonetes y gorras y otras cosas de lana hechas á aguja, que en ninguna parte de España. Tiene esta ciudad diez y siete

plazas bien proveidas de todos mantenimientos y cosas á la vida humana necesarias. En las riberas del rio Tajo tiene esta ciudad muchas huertas y arboledas, especialmente dos sotos muy grandes y hermosos llenos de muchas frescuras y frutales. (*Medina, Grandezas de España.*)

Cap. LXXXIX. De la ciudad de Palencia: del castigo que Dios envió en esta ciudad por ciertos herejes que en ella habia, y de cosas señaladas que en ella agora hay.

Esta ciudad de Palencia, segun tienen nuestro Pomponio Mela y Estrabon, es la que primero se dijo Palancia, ciudad muy antigua de España, la qual fundó el rey Palateo. En el año del Señor de mil y cuatrocientos y cinco años, Santo Toribio, obispo de Astorga, por mandado del papa Leon, predicó contra ciertos herejes que se levantaron, llamados Priscilianistas, y como algunos de éstos estuviesen en Palencia, el santo obispo les predicó, informándolos en la fe cathólica, declarándoles el error de su mala seta, prometiéndoles que si no se apartaban de su falsa opinion, Dios enviaria sobre ellos castigo, y como por las predicaciones y amonestamientos del santo obis-

po no quisiesen convertirse á la fe y dexar su herejía, Santo Toribio hizo oracion á Dios suplicándole que por honra de su santa fe quisiese mostrar castigo en aquellos malos. Nuestro Señor Dios oyó su oracion, y luégo el rio Carrion salió de madre y anegó toda la ciudad. Despues esta ciudad fué bien poblada y noblecida. Tiene grandes campos y muy fértiles. En esta ciudad fué el estudio general de España donde se leian y enseñaban todas las ciencias, y de aquí fué trasferido á Salamanca por el rey D. Fernando de Castilla, que comenzó á reinar en el año del Señor de mil y doscientos y diez y seis. Hay en la diócesis desta ciudad cuatrocientos beneficios curados, que instituyó la mesma ciudad, y se proveen solamente á los naturales, y son preferidos á ellos los más hábiles y de más buen ejemplo y doctrina, por lo qual todos procuran de se dar á las letras y virtud. Pluguiese á Dios que en todas partes y en todas diócesis fuesen preferidos á las dignidades y beneficios los más hábiles y virtuosos, tales que dellos se tomase ejemplo de virtud y no de otra manera. Estando en esta ciudad el rey D. Enrique, el cual empezó á reinar despues de la muerte del rey D. Alonso Octavo de Castilla, su padre, aconteció que estando un dia en su palacio jugando al tejuelo con sus pajes, que era moço

de edad de trece años, tiró un paje un tejuelo en alto y dió en un tejado y rompió una teja, la cual cayó y dió al rey tan gran golpe en la cabeça que le hizo caer en tierra, de la qual herida murió.

Reinando en Castilla D. Sancho, que era rey de Navarra, andando á caça, riberas del rio Carrion, halló un puerco montés, y el rey fue tras dél, hasta que se metió en una cueva, y apeóse el rey y entró dentro, y halló al puerco echado cabe un altar que estaba dentro de aquella cueva, y el rey quiso matar al puerco con un venablo que llevaba en la mano, mas túvosele el brazo, y reconociendo el rey que aquel lugar debia ser santo, pidió á Dios misericordia y luégo le fueron restituidas las fuerzas, y como salió de la cueva informándose de aquel lugar, halló que allí habia habitado un santo llamado Antolin, y el rey mandó edificar la ciudad de Palencia, que de ántes era en aquel lugar y estaba destruida dende que se perdió España, y volvió á ella su antigua silla episcopal, y hizo edificar en aquel lugar donde está la cueva la iglesia mayor, que hoy parece muy sumptuosa, grande y muy bien labrada, y en medio desta dicha iglesia está la dicha cueva, que va debajo de tierra como diez pasos, está contino la puerta desta cueva abierta, porque muchos entran por

su devocion á visitar el altar que está al cabo desta cueva: llámase esta iglesia Sant Antolin, deste santo hace mencion la Calenda de Sevilla en la leyenda de los santos, á dos de Setiembre, y la iglesia de Palencia le hace la solemnidad de mártir y tiene deste santo algunas reliquias. (*Medina, Grandezas de España.*)

Cap. xcvi.—*De la muy noble ciudad de Búrgos y de muchas cosas notables que en ella ha habido y agora hay.*

Esta muy noble ciudad de Búrgos es cabeça del reino de Castilla, y así son las armas desta ciudad una cabeça de rey coronado. Llamóse, segun algunos dicen, Anca, por los montes que están cerca, que son dichos Montedoca. Tambien el Plinio le llamó Leuca: despues se llamó Masburgi, y corrompido el vocablo, se llama agora Búrgos. Es muy antigua y una de las principales de toda España; fué poblada por el conde D. Diego, señor de Castilla, despues de la destruicion de España, en tiempo del rey D. Sancho de Navarra, por sobrenombre Abarca, y reinando en Leon D. Alfonso Tercero, año del Señor de ochocientos y setenta y cuatro, que fué ciento y

cincuenta años despues de la gran destruicion de España. Esto dice la general historia.

En el tiempo del conde Fernan Gonzalez, el rey Almanzor con sus huestes corrió la tierra de christianos, al qual salió dicho Conde desta ciudad con su gente; y el demonio, pensando poner temor á los christianos, se puso sobre ellos hecho un dragon muy fiero, dando muy tristes gemidos y mostrando prodigio que dellos habia de morir la mayor parte. Mas el conde Fernan Gonzalez, que de tales empresas no se apartaua por tales agüeros, comenzó á esforçar su gente é ir en pos de los moros, y dióles batalla, en que muchos millares destos fueron muertos de pié y de caballo, y el Conde y los suyos hubieron grandes despojos, que fué cosa maravillosa.

Estando el rey D. Alonso Décimo en Búrgos haciendo bodas el infante D. Fernando de la Cerda, su hijo primogénito, con la infanta D.^a Blanca, hija del rey Sant Luis de Francia; estando en estas bodas muchos grandes señores de Francia, Inglaterra y Aragon y de otras muchas partes, en las cuales bodas el rey D. Alonso hizo grandes expensas, allende de las dádivas que á los extranjeros y á los grandes de su reino dió, haciendo estas bodas vino ahí la Emperatriz de Constantinopla, la qual trujo consigo treinta dueñas vestidas de



luto. El rey con todos los infantes y ricos hombres, muy honorablemente le salió á rescibir y la traxo á posar á su palacio, y como las mesas fuesen puestas, la reina D.^a Violante, mujer del dicho rey D. Alonso, rogó á la Emperatriz que se asentase á comer; la Emperatriz le dijo que no comeria á manteles. La Reina le preguntó por qué. La Emperatriz le dijo: «Tú estás en tu honor y tienes tu marido sano y rico y magnífico; Dios te lo guarde. Mi señor y marido el Emperador está preso, captivo en poder del Soldan de Babilonia, ¿cómo podré yo honestamente comer á manteles, hasta que sepa si mi marido tendrá alguna esperanza de redencion?» La Reina hizolo saber al Rey y él fue á la Emperatriz y confortóla, diciendo que comiese, y preguntóle por qué sus súbditos no le remediaban y qué cantidad costaba el rescate. La Emperatriz le dijo que sus súbditos no tenian costumbre en aquella tierra de redimir y pagar rescate por sus señores. «Antes dicen que se han bien, pues en su vida no tenian otro por emperador; por esto fuí á buscar cómo pudiese haber para lo redimir. Su rescate cuesta cincuenta quintales de plata, que son diez mil marcos; fuí al Santo Padre y mandóme dar la tercia parte, y dende vine al rey de Francia y mandóme dar la otra tercia parte. Y como oyese el esplendor y no-